

Elogio sentimental del tanque ruso

Casi todo el mundo parece estar muy contento porque el tanque ruso ha hecho mutis por el foro. Lamento profundamente dar la nota, siento mucho —lo siento por mí— no unirme al coro, pero me es imposible. No es que me guste practicar el esnobismo de ir a contrapelo; al contrario, lo detesto. Uno de mis mayores placeres (y declaro que el hedonismo es lo mío) consiste en coincidir, no en discrepar, con la mayoría. No es que pueda decir, con Sartre, *J'aime la foule*, pero tampoco albergo ningún odio hacia la muchedumbre. Aborrezco las salidas de tono, la *boutade*, la espúrea originalidad que se nutre de un afán de distinguirse de los demás a cualquier precio. Pero, pese a todo esto, que le vamos a hacer, es una pena, lo deploro, pido perdón, de antemano, si hiero la sensibilidad de los demócratas de toda la vida, es decir, de prácticamente todo el mundo, mas el caso es, ay, triste de mí, ay infeliz, que, en honor de la verdad y en aras de la transparencia (¿se dice *glassnost* en perestroika?) y la sinceridad que debo, en primer lugar, a la hospitalaria acogida que me ha brindado este periódico desde hace ya cinco años y, sobre todo, al respeto que debo a mis lectores (aunque, si siempre tuve poquitos, mucho me temo que a partir de este instante no tendré ninguno), debo confesar, y confieso, que aquel ente mítico, pero real, de plomo y acero (discúlpenme los metalúrgicos por emplear tan pobre y presumiblemente equivocada metáfora, que no revela sino una más de mis muchas ignorancias), el hecho es que siempre amé, sí amé, y sigo amando con pasión, con ternura, con devoción y con delirio al tanque ruso.

Pese a mi extrema juventud (tan sólo tengo cincuenta y cinco años), mi amor por el tanque ruso viene de muy lejos, de muy atrás en el tiempo. Por poner una fecha orientativa, aunque no exacta, diré que me viene de cuarenta y cinco años a esta parte. Todo comenzó, sin duda, cuando mi padre, que había vivido la guerra del 36-39 en la zona roja, me habló por vez primera del tanque ruso, de los primeros tanques rusos que se lanzaron a contener, en primera línea de combate, tripulados por unos hombres que, al igual que sus propios tanques, eran rusos, los embates de los formidables ejércitos fascistas bajo el mando del general Franco. Yo, en aquel entonces, era un niño pequeño burgués, pero, ignoro por qué razón (si bien, a no dudarlo, el doctor Sigmund Freud me liberaría de mis perplejidades explicándomelo como una «fijación»

hacia el padre, como un no haber «matado» al padre todavía; y en esto, de ello estoy seguro, todos los demócratas de la postmodernidad estarán de acuerdo, pues no en vano observan la dorada regla de invocar las teorías del célebre y hoy, por culpa de la epigonal tendencia psicoanalítica del freudomarxismo, un tanto relegado psiquiatra vienés, en la estricta medida en que las mismas puedan servir a la santa cruzada anticomunista); ignoro, repito, por qué razón, mas lo cierto es que, no obstante ser un niño pequeño burgués, un niño que jamás de los jamases conociera en su tierna carne y en su no menos tierna almilla los zarzapos del hambre, del frío y la miseria, la causa de la vanguardia obrera, la causa roja, la causa, en fin, del comunismo, despertaba en mí (y lo que es infinitamente peor, lo que es horrorosa e intolerablemente más grave: sigue despertando y, ay de mí, cada vez con más fuerza) una simpatía y solidaridad absolutas.

Recuerdo que muchos años más tarde, a finales de la década de los setenta, asistí en Madrid a la proyección de una película rusa cuyo tema era la ofensiva final del Ejército Rojo contra las fuerzas hitlerianas y fascistas. La película, como obra de arte, no era nada del otro mundo, no era otra cosa que eso que llaman una «superproducción», técnicamente muy bien realizada y nada más. Pero había, hacia el segundo tercio de su muy considerable metraje, una escena que provocó, de inmediato, una salva de aplausos entre el público (aplausos a los que espontáneamente me uní con fervoroso frenesí). La escena representaba el instante en el que, de súbito, centenares, millares de tanques rusos, dando, al unísono, un terrible brinco de tigre o pantera al ataque, hendían, rompían sus camuflajes y se lanzaban en tromba contra las líneas fascistas.

Siempre odié la guerra, y el odio. Siempre amé la paz, y la amo. He aquí justamente la razón por la que el tanque ruso suscitó en mí tan hondos sentimientos de ternura, de admiración y solidario fervor. El tanque ruso enarbolaba la bandera de la hoz y el martillo, la bandera del comunismo, esto es, la bandera de la paz, la razón, la humanidad y la justicia. Ahora bien, si cierto es que el tanque ruso reunía todos los requisitos emblemáticos, simbólicos, de la causa proletaria, de la victoriosa revolución socialista decidida a terminar, de una vez por todas, con la barbarie

capitalista, cumple reconocer, sin embargo, que no por ello otras armas, en manos de la vanguardia revolucionaria, eran menos merecedoras de admiración, fervor y ternura. Así, por ejemplo, la artillería pesada y ligera, los morteros, las ametralladoras, las baterías de cohetes «Katuska», los fusiles «Kalishnikov», las pistolas de repetición, las bayetas y, *last but not least*, las bombas nucleares soviéticas, cuya existencia (con tan grandes sacrificios económicos del pueblo ruso conseguidos) logró impedir que el imperialismo, con los EEUU a la cabeza, continuara arrojando las suyas, como en efecto lo hizo unos pocos años atrás, sobre grandes ciudades indefensas, asesinando a cientos de miles de mujeres, hombres y niños en un abrir y cerrar los ojos.

Sí, lamento, acaso, herir la sensibilidad de las gentes de bien y escandalizar los razones, de tantos y tantos «demócratas» del «mundo libre» (ya, por cierto, todo el mundo es, gracias a Dios, «libre», gentes que, en su acendrado pacifismo, declaran su inquebrantable adhesión a los otánicos valores eternos del Fondo Monetario Internacional y la Economía de Mercado (cuyos portentosos bienes y deslumbrantes logros para la humanidad estamos, dicho sea de paso, comprobando en la República Argentina en un sinnúmero de países capitalistas de Latinoamérica, África y Asia, sin olvidar no poca parte de las poblaciones del Primer Mundo); siento, repito, herir tan exquisita sensibilidad si elijo estos tiempos que corren, precisamente éstos, para hacer mi elogio sentimental del tanque ruso. Pero es que a uno, francamente, le importa ya un higo el quedar mal ante la inmarcesible y viril inocencia que brilla en los ojos de los fascistas de ayer, demócratas de hoy. Por eso no me privaré de proclamar que ando ahora preocupado sentimentalmente por las armas de Cuba (y, ni qué decir tiene, por su correspondiente munición), si en mi mano estuviera, le diría al gran Fidel: «Comandante, acépteme usted, se lo ruego, estos cientos de bombas nucleares. La revolución cubana se lo merece. Acéptemelas, en nombre del pueblo vasco».

Usted me perdonará, querido y acaso inexistente lector mío, que me ponga sentimental, pero no lo puedo remediar: desde este omnímodo triunfo del capitalismo que estamos presenciando, desde la desaparición del tanque ruso, la guerra total me parece más próxima y probable que nunca.

(*) Músico. Escritor

Gomito-larria

Euskal politikak edonor nardatzeko moduko maila erakutsi du behin eta berriz. Bide honetatik despolitizazioa eta pasotismoa oraingo gorago joango dira.

«Perla» bakar batzu gorazokio ditugu.

Gasteizko Parlamentuak Autodeterminazio-Eskubidea aldarrikatu ondoren, prozesua bideratzen hasi beharrean, zernahi dute buruan aldarrikapen hori *hultzatu omen* zuten alderdike, herri-eskubide hori *gauzatten hastea* ezik.

Donostian ageri da hau nabar-menik; espainiar bandera buru-belarri gurtu ondoren, erasoak ez datoz Autodeterminazioa ukatzen duten indar espainiolisten kontra, Autodeterminazioa defenditzen duen Herri Batasunaren kontra baizik...

Jakina: Labaien-ek berak publikoki gogorazi zuenez, Albistur «Montejurra-ko mutila» da; eta harne-muinetatik espainiolismoa, erdalzalekeria porrokatuta, eta abertzaleekio herria darizkio. Harrigarria ez baita karka rojigualda bantengan. Harrigarriagoa da, ordea, Iparraldeko Xarriton, Loustau, eta gainerako alderdikideek, horrelakorik irestea... Hemengo EA-koak zertaz diren, jakina, garbi gelditu da, zoritxarrez, behin eta berriz; eta isiltzea onena.

Baina, beste alor batera igaroz, zertan dago UPVa? Orain errektoretzarako hauteskundeak heldu dira. Hots, azpikaldetik jakin denez, *berriro ere* euskaraz eta euskal kultura osoaz *barre* egiten duten hautagaiak datoz. Zergatik ez? Pero, ¿qué pasa, tio? Unibertitateak euskaldundu, abertzaletu? Tira, tira, mutilak! Euskararen Errektoreordeak aste hauetan Katedra euskaldunei bidea hetsi ondoren (Zorroagak eskatutako bat ukatuz, bai), harrituko al gara?

Gomito-larrik ez, ala? Senditzen ez duenak badakike zergatik. Eta irakurleak ere bai.

TXILLARDEGI

hemeroteca

La muerte de la imagen

(Manuel Hidalgo, «El Mundo», 24-3-90)

(...)La imagen televisiva fue, desde el principio, una imagen seleccionada. La televisión hurta la imagen completa de la realidad. El abusivo uso del primer plano hace perder los aspectos generales. El ritmo sincopado, consagrado por las teleseries americanas, roba imágenes intermedias.

La afluencia de publicidad a la televisión consagró aún más la fragmentación de la realidad, que es la fragmentación del relato. La interrupción del relato por los anuncios es la interrupción de la realidad...

Mientras tanto, el ojo comenzó a no saber mirar. La televisión no se mira sino que se ve. (...)

Ahora que hay muchos canales, la fragmentación es total. El hombre, que desde el principio

quiso ser como Dios, quiere estar en todas partes, entonces con el mando a distancia, que es el instrumento que da el don de la ubicuidad, el poder de estar aquí y allá, la gente cambia constantemente de canal y no ve ningún relato completo. El mando a distancia es el ojo de Dios.

(...)cuando el síndrome del mando llegue a su fase aguda, los fragmentos durarán en pantalla un segundo. Entonces, no sólo ya no miraremos, sino que tampoco veremos nada. Muerta la palabra, ésta será la muerte de la imagen.

La Internacional

(Carlos Pérez Uralde, «Deia», 24-3-90)

Ahora que hay colas para ingresar en la Internacional Socialista como cobijio generoso para todos los participantes en la desbandada de la izquierda, convendría re-

cordar que tal institución cuenta como méritos mayores los de haber sabido poner fijador a tiempo en la melena del sistema para evitar que se despeine, los de haber servido de amable correveidile en momentos delicados al Departamento de Estado, los de albergar en su seno a cualificados represores de masas y los de no haber elaborado una sola idea original, incluso si se consideran como tales las ruidosas evasivas de Oskar Lafontaine. En la Internacional Socialista de hoy cabrían sin desentonar demasiado las huérfanas de José María Aznar o las de Helmut Kohl, y si no entran es porque entonces el juego sería mucho más aburrido. No es una fuerza de progreso, si es que lo ha sido alguna vez, sino, a lo sumo, lo que con acierto pero con benevolencia Regis Debray ha calificado como «una organización de una ambigüedad nebulosa». Vendernos otra historia es una tomadura de pelo.

Si ésa es la casa común donde han de cobijarse los que pretenden mejorar el mundo, lo mejor es que sigan a la intemperie. La casa está llena de goteras, de cadáveres en

los armarios, de sótanos lúgubres y de telarañas, aunque de vez en cuando se le dé una mano de pintura a la fachada. (...)



OTR press